

ANECDOTARIO MORAL

El saludo póstumo de Strindberg

Por el P. MIGUEL SELGA, S.J.

Anuncióse en todos los países del mundo que todos los literatos de Suecia habían resuelto celebrar con un homenaje nacional y suscripción popular el sexagésimo aniversario del novelista fecundo y dramaturgo original, autor de la danza macabra, del insigne literato Augusto Strindberg. Hay que confesar que Augusto, hijo de un naviero sueco, saboreó la amargura de la lucha por la existencia en las lecciones privadas que dió, en el cargo que ocupó en la biblioteca nacional, en los servicios que prestó en un café de Estocolmo en compañía de otros artistas y literatos amargados también por la vida, en la colaboración con empresas periodísticas nacionales y extranjeras, en las relaciones matrimoniales por tres veces disueltas, en la crítica o apatía con que el público recibió las primeras producciones literarias. Los triunfos de los años posteriores no lograron endulzar la acidez de las primeras etapas de la vida y la pluma de un corazón, así amargado, no es de extrañar que con frecuencia destilase más hiel que miel. Al enfocar su propio espíritu con la lente de la autorreflexión y análisis, el mismo Augusto descubre la atormentadora niñez de una naturaleza que vegeta en la timidez y en el hambre, los tempestuosos años de una juventud sumida en la pobreza y en la inconsciencia, la virilidad torturada por la duda y la sed de pependencias, la incapacidad de una senectud que se acerca al ocaso.

No se puede negar que en la última etapa de su vida, Strindberg llegó a ser el más profundo renovador del lenguaje en la moderna literatura sueca, el espíritu más audaz y original, el autor en cuyas obras palpitan las amarguras, los desengaños, los odios, los recuerdos del escritor, la figura más gloriosa de la literatura de su país, el ídolo de la democracia sueca.

Este artista de la palabra, a quien parece sonreír la vida en el crepúsculo de la muerte, este artista que ha navegado sin freno, sin ruta, sin orientación todos los rumbos de la vida, al enfrentarse con la muerte no pide un monumento sepulcral que transmita a las generaciones futuras la gloria de su nombre, sino que aspira a tener en su tumba una lápida sepulcral y sobre la lápida esta inscripción *ave crux spes unica*. Salve cruz del Redentor, esperanza única de cuantos navegan el oceano de este mundo, esperanza única de los espíritus que desprendiéndose de las ataduras de la carne aspiran a remontarse a las regiones de la inmortalidad. Yo te saludo, salúdente conmigo cuantos enfoquen su vista en la tumba que encierra mis huesos. Ave crux spes única; salve, cruz sacrosanta, resurrección de los que duermen el sueño de los siglos, sostén de los que quedan en el campo de batalla, árbol de la vida bajo cuya sombra descansan, en espera de la resurrección futura, los genios de las generaciones humanas.